

nen las teclas amarillas y cascada la voz, y aunque los tañen manos de niño, yo nunca les he oído sonar sino en vetustas melodías, de aquellas dulcemente sentimentales, en cuya letra hay lagos, y hermosas que duermen, y trovadores que riman fatigas de amor al pie de una torre.

I

El salón de los niños ciegos está en una gran sala, al antiguo propiedad de una familia que ya no existe. El jardín es grande; hay en él estambres, papaveres y ranunculos, caperuzas blancas y amarillas, y muchas flores de jardín. Hay también un estanque con agua y peces. Hay también un estanque con agua y peces. Hay también un estanque con agua y peces.

El salón de los niños ciegos está en una gran sala, al antiguo propiedad de una familia que ya no existe. El jardín es grande; hay en él estambres, papaveres y ranunculos, caperuzas blancas y amarillas, y muchas flores de jardín. Hay también un estanque con agua y peces. Hay también un estanque con agua y peces.

II

Es un claro día de Abril. A media tarde, los niños ciegos salen del caserón: van en tristes filas de seis ó siete, guiadas unas por un mozo enfermero, otras por alguno de los asilados «que ve algo». Hay cuatro ó cinco de éstos que no son ciegos por completo; de ellos unos han visto, y poco á poco han ido dejando de ver; otros no han conocido jamás de la luz sino resplandores confusos, y de las cosas que hay en el mundo sólo han alcanzado la sombra; ellos son los guías de los demás. Uno de estos guías es José Luis, muchachón de catorce años, recio y corpulento, de rostro abultado y expresión incierta; parece que tuviera el alma dormida y que el cuerpo aprovechase este sueño para desenvolverse formidable y tirano; en la fila que él va conduciendo hay seis infelices, y en cada uno la multiforme tristeza ha cincelado mueca distinta: hay dos

muy altos, que tal vez son hermanos; tienen los ojos oscuros y hermosos y los llevan abiertos de par en par como clamando por la luz que les falta; las frentes pálidas, las bocas contraídas, dicen angustia; otro lleva los ojos cerrados y tiene gesto de resignación; hay uno que abre y cierra los párpados y mueve sin cesar las manos inquietas con el ademán de quien busca; otro, regordete, tiene aspecto sensual y feliz, habla sin cesar y se ríe; y hay un pequeñuelo, rubio como el trigo, que debiera tener los ojos azules, pero los tiene blancos, cuajados é inmóviles: éste se llama Antonio, pero las monjas y los enfermeros y los maestros, movidos de compasión simpática, le llaman Toñín; dicen que ya ha cumplido trece años, pero á duras penas representa diez; tan menudo es de cuerpo, tan aniñado de rostro y de expresión, tan débil de espíritu. Si mirase—y parece mirar con sus ojos inmóviles—dirían sus miradas amor á todo y á todos; sus manos, sus labios, su ser entero parece ir en busca de una caricia; palpa cuanto le viene á mano blandamente, y se deleita en las suavidades de las cosas, porque ama lo suave y lo argentino; los sonidos no tienen secretos para él y todos los viejos clavicordios son sus amigos; conoce, vibración por vibración, sus voces caducas, y sabe á cada instante cuál es

la que suena; también es amigo de los pájaros y de todos los buenos olores del jardín, y sabe cuántos sonos hay en los clavicordios y cuántos aromas suben á la ventana del dormitorio desde los rosales y las violetas; ama á Sor Gracia porque se llama Sor Gracia y este nombre es amable; porque es su voz más fresca y más clara que la voz de la fuente, y porque tiene las manos pequeñas, suaves, tibias y palpitantes. Toñín tuvo un día un pájaro herido, que un enfermero encontró al pie de un árbol, y desde entonces siempre que alcanza las manos de la monja piensa que son como pájaros prisioneros, y muchas veces habla de aquellas manos de Sor Gracia con José Luis, su guía y su amigo.

Hoy la tarde parece dormirse en la tibieza perfumada de la primavera; el aire se está quieto; hay en algunos árboles hojas recién nacidas; en muchas flores, rosas de los árboles del amor, blancas de los frutales; en una calle de olmos va una glicina de tronco á tronco y suspende en el aire racimos malva de olor exótico; un poco más lejos el aroma fresco y sensual de las lilas; las rosas tempranas, pálidas aún, comienzan á asomar en los rosales de un parterre; al pie de ellos hay un florecimiento de alhelíes blancos y rojos, y delante de los alhelíes las caritas carnavalescas

de los pensamientos y las campanillas azules de la yerba doncella.

Los niños ciegos pasan junto á las flores y no las ven: muchos de ellos no saben cómo son las flores, pero saben que están allí, dando aromas suaves, y que son ligeras y que son frescas, y que algunas de ellas tienen escondida muy dentro una gota de miel; y por todo esto las tienen cariño.

III

Los ciegos llegan á la explanada que hay junto á la verja del jardín; entonces las filas se fraccionan y van ellos por grupos de dos y de tres, porque allí no hay peligro; el suelo es llano, árboles y muros están lejos y se puede caminar aun á ciegas sin riesgo de tropezar ni de caer. La tibieza del aire en que el sol de Abril cierne su luz joven es como una caricia que va alegrando los corazones de aquellas criaturas, y al impulso de su inconsciente gozo charlotean y ríen. Algunos, con certero instinto, van á buscar las flores que han descubierto por el olor; otros se acercan á la verja y se divierten escuchando los pasos de las gentes que cruzan el camino, el chirriar de las ruedas de algunos carros, el trepidar de los tranvías y el campaneó de sus timbres eléctricos, y van nombrando todo lo que oyen como si lo vieran pasar: —Un hombre ¡qué

de prisa va!—Un perro.—Dos caballos.—Una muchachita que lleva una cesta de naranjas, les saluda al pasar.—¡Buenos días!—y ellos, alborozados con el son de su voz amiga, se agolpan á la verja como para mirarla y responden en coro:—¡Adiós, adiós!—Ella se aleja, y ellos se quedan un momento silenciosos: luego uno dice:—Es la Juanita la naranjera;—y los demás sonríen, como si el nombre, que todos saben, fuese una inesperada revelación.

Toñín y José Luis van á sentarse sobre un tronco que está tendido junto á la verja á guisa de banco; largo rato permanecen callados é inmóviles, dejándose acariciar por el sol; en la serenidad de la atmósfera como que se funden todos los ruidos, la voz de los otros muchachos, los rumores de la carretera, el cantar incesante de los pájaros, el murmurar tenue del follaje recién nacido.

—¡Qué bien huele el aire!—dice luego Toñín—; ya deben estar abiertas las rosas de la isla.

—No; lo que huele aquí es el árbol del Paraíso: ¿verdad que es un olor que sabe á miel y da ganas de comerle? ¿A ti no te gusta comerle las flores?

—Me gusta olerlas y besarlas muy despacito, porque si se estrujan ó se besan fuerte pierden el buen olor.

—Las hojas de rosa saben muy buenas, y las flores de pan y quesillo tienen dulce dentro, y los claveles, y las madreselvas y los jazmines. ¿Quieres que busquemos una acacia?

—No; no quiero. ¿Qué es esto que me corre por las manos?

Es una coccinella con su coraza roja tachonada de negro. Toñín vuelve hacia ella sus ojos sin luz; luego blandamente la palpa con la punta de los dedos.—Es una mariquita—exclama—; ¡qué suave está! Tócala, José Luis.

José Luis á su vez la palpa.—Una mariquita—repite—; esas son encarnadas, del color de la sangre.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo antes veía del todo; cuando era pequeño; ¿y tú?

—Yo no he visto nunca... ¿Cómo es ver?

—No se puede explicar; mira, cuando uno ve, sabe que las mariquitas son encarnadas y que el cielo es azul, y que los árboles son verdes.

—¿Y la luz, cómo es?

—La luz no es de ningún color.

—¿Y dónde está?

—Dicen que está en el sol; pero está en todas partes.

Toñín escucha ávidamente: sus ojos blancos se abren en un esfuerzo desesperado.

—No se puede explicar—repite José Luis—. Tú ¿cómo te la figuras?

—¿Yo? Como un olor de flores que entrase por los ojos.—La coccinella, después de recorrer uno por uno los dedos del niño, echa á volar.

—¿Tú, qué ves?—interroga Toñín después de un buen rato de silencio.

—Veo una claridad y la sombra de las personas y de las cosas cuando hace sol: mira, allí á la derecha hay un árbol muy gordo, y á la izquierda una sombra que debe ser la casa del guarda; pero cuando es casi de noche, algunas veces veo mejor: ayer, cuando estábamos en el refectorio, vi á Sor Gracia que traía el caldero de la sopa.

¡Sor Gracia! El rostro de Toñín se ilumina con una sonrisa que pronto se trueca de radiante en triste y resignada. ¡Cuánto daría él por ver á Sor Gracia! A cada hora goza evocándola en figura indecisa, algo semejante á lo que él adivina de su propia forma, amasada con el conjunto de todos los buenos olores, de todos los amables sonidos, de toda la frescura, de toda la tibieza, de toda la suavidad de las cosas. Sor Gracia debería ser como las rosas, si las rosas supiesen hablar, ó como una fuente, si las fuentes tuviesen manos suaves y frescas, ó como un pájaro, si supiesen los pá-

jaros posarse en las frentes de los niños ciegos cuando las frentes tienen calentura.

¡Sor Gracia! Pensando en que la ha visto, José Luis enrojece; también él quiere mucho á la monja; mucho más que Toñín ¡ya lo creo! como que puede figurársela mujer y hermosa, y su cuerpo tirano ha aprendido ya á desear: él sí que pasa noches calenturientas; pero las manos de Sor Gracia no vienen á posarse sobre su frente, porque Sor Gracia, que sabe leer hasta en los ojos que no pueden mirar, le tiene miedo. Pensando en estas cosas llenas de sombra y de rencor, José Luis se envenena la sangre. A los once años se quedó ciego. ¿Quién le quitó la vista á la hora misma en que estaba aprendiendo á gozar mirando? ¡Los colores! Poco á poco se le van olvidando los colores; anoche, cuando vió á Sor Gracia, le pareció que iba vestida de blanco y de negro; pero ¿y la cara? Sí, las mujeres que son bonitas tienen la cara color de rosa. ¿Cómo es color de rosa? ¡Se le había olvidado el color de rosa!

—¿Qué estás pensando?—interrogó Toñín intrigado por su silencio.

—Nada—replicó ásperamente.

Pero el pequeño, como si le fuera leyendo los pensamientos, ahora tan hermanos de los

suyos, volvió al tema de la interrumpida conversación.

—Sor Gracia tiene las manos suaves como de cristal, y saben un poquito saladas y muy frescas.

—¡Tú qué sabes!

—Sí que lo sé: hace tres noches estuvo ella de guardia, y cuando vino á arreglarme el embozo, yo le cogí las manos y se las besé, y le pasé la lengua por los dedos, y entonces ella me llamó tonto y me pegó en la cara; pero se reía y no me hizo daño...; ¿dónde estás, José Luis, dónde te has ido?

José Luis se había levantado violentamente y estaba en pie junto á la verja, con la cara metida entre los hierros, llorando de rabia.

El pequeñuelo, resignadamente, se puso á escuchar una charla de gorriones que entre las ramas de un olmo sonaba.

IV

En la clase, que es un salón grande con escasas ventanas, el maestro explica la lección. El maestro es un hombre de entre cuarenta y cuarenta y cinco años, rechoncho, vulgar y desaseado; fuma continuamente un cigarro asqueroso, que se le desmorona entre los labios, y tiene las solapas y el chaleco llenos de tabaco y ceniza; en la punta de cada cigarro enciende uno nuevo, y chupa sin cesar, con lo cual las frases de su explicación salen truncadas y vacilantes, como si las fuese diciendo de mala gana, y la clase está llena de humo espeso y acre, que hace llorar los pobres ojos de los niños ciegos. La explicación de aquel día es acaso muy sabia, pero es monótona y produce tedio, habla tal vez de cosas remotas, de estrellas ó de mares; pero ¿qué importan ni las estrellas ni los mares á quienes nunca los han de ver?

Los discípulos se inquietan y cuchichean en sus bancos, que como son de madera pintados de negro evocan vagamente formas de ataúdes; al maestro la inquietud de los niños le molesta, y les reprende ásperamente; bien se ve que su alma, moradora de un cuerpo robusto, no es hermana de aquellas otras almas que están presas en los cuerpos dolientes; la salud es hostil al dolor, porque le teme y se venga de él por adelantado. La áspera reprimenda restablece el silencio, y entonces se oye cómo cantan los pájaros en el jardín. Prosigue la lección. Ramplones y cortados los conceptos, se suceden unos á otros con borboteo de fuente escasa y cenagosa; el maestro no se cansa de hablar; los discípulos, acostumbrándose al martilleo de su voz, acaban por no oírla; algunos bostezan, otros se duermen; todos despiertan sobresaltados por el repentino silencio; el maestro hace pausa; luego, con entonación campanuda:

—Antonio Menéndez, ¿quiere usted repetirme esto que acabo de explicar?

Toñín se pone en pie al oír su nombre, pero no contesta; es el caso que está su banco junto á una ventana, y junto á la misma ventana, por la parte de afuera, en el jardín, crece un eucaliptus; esta mañana, tibia y perfumada mañana de Mayo, se ha levantado un

poco de brisa, y á su impulso el árbol se está balanceando majestuosamente. Toñín, que tiene fino el oído, ha estado oyendo á través del cristal de la ventana el ruido del árbol mecido por el aire, y lo que es más, ha estado adivinando por los intervalos de frescor y tibieza, el paso de la sombra de las ramas sobre su frente, sobre sus mejillas, sobre sus labios, sobre sus manos, que tenía extendidas en la tabla del negro pupitre. Toñín no ha oído la sabia explicación del maestro, y ahora en pie, muy abiertos sus desvalidos ojos, arbolado el rostro por el temor y la sorpresa, no sabe qué decir: el maestro repite la intimación terrible: —¿Quiere usted decirme qué sabe del sol?— ¿Del sol? Cuánto podría decir Toñín del sol, ¡su amigo!, de su calor, de sus caricias suaves, de la dulcísima somnolencia que derrama en el aire cuando llegan las tardes de verano, de cómo alegra el cuerpo y el alma cuando va deshaciendo la escarcha en los mediodías de invierno; pero Toñín sabe instintivamente que las cosas que él diría del sol no son las que le interesan al maestro: el maestro es amigo de números que marquen volúmenes y distancias; quiere que se le diga que el sol es el centro de yo no sé qué cosa, que gira ó que no gira, que tiene manchas. Toñín, aunque el maestro las afir-

ma, no cree en las manchas del sol; él ignora lo que son manchas, pero ha oído decir á Sor Gracia que son algo muy feo y repugnante; no, el sol no puede tener manchas. Toñín sigue callando: entonces el maestro le apostrofa con voz que suena á ira; habla de inobediencia, de desaplicación. Toñín, lleno de susto, rompe á llorar. Las sombras del árbol, paseando su rostro como manos amigas, enjugan sus lágrimas.

V

Toñín cuenta sus penas al clavicordio. Es el atardecer, y por las ventanas abiertas entra el aroma de las acacias, que es el incienso del mes de Mayo; se está poniendo el sol, y han empezado á regar el jardín; se oye el chapotear de los regatos y la lluvia fresca del agua de las mangas que cae sobre las hojas de los arbustos; una frescura mansa sube de la tierra mojada. Toñín respira acompasada y hondamente, como si fuese saboreando el aire, mientras sus manos resbalan sobre las teclas; la melodía que va como brotando de entre sus dedos es dolorosa. Inhábil y elocuente, suscita primero sonidos que plañen, que se entrecortan como sollozos: luego los lamentos se prolongan, parece que descansan en cierta placidez contemplativa; más tarde la tristeza se trueca en melancolía, los sonos se hacen blandos y arrulladores. Debe haberse acabado de